



JOSE JANE SOLA*: Marcelino Costafreda, un valor insólito.

El XXV Aniversario de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona es un hito, no por clásico menos importante, para realizar un primer repaso histórico a la enseñanza de la Economía entre nosotros. Y en ese mirar hacia atrás en el que tantos aspectos tienen cabida —y en otras páginas de este número son recogidos—, es de justicia recordar a aquéllos que nos han dejado durante el camino; a aquéllos que pusieron afanes, ilusiones y esperanzas en nuestra Facultad y que los vieron truncados antes de tiempo. De entre ellos, a mí me corresponde recordar a Marcelino Costafreda Amorós, de cuya súbita muerte acaba de cumplirse ya un lustro.

Marcelino Costafreda pertenecía a la Promoción Gamma. La tercera de la Facultad. La de los Condominas, Hortalá, Lluch, Martínez Alíer, Marull, Muntaner Pascual, Nadal Capará, Santillana, Vicens Raho-la y muchos otros. Una promoción que hizo sus primeros escarceos universitarios en el solemne edificio de Elies Rogent y prosiguió sus estudios en las entonces recién estrenadas dependencias de la Escuela de Altos Estudios Mercantiles, sin llegar a ocupar la sede propia de que dispuso posteriormente la Facultad, la de su actual ubicación. Empezamos en el otoño de 1956 para acabar en 1961, después de efectuar saltos tan bruscos como significó pasar de la acérrima abstracción del Castañeda al ímpetu keynesianista de Lasuén, mejorar nuestro bagaje matemático de la mano de los provesores Sanvicens y Linés, hacer un giro total en la concepción de la historia gracias a Vicens Vives y Nadal Oller, o descubrir a Schumpeter con el vendaval Estapé, por no citar la apertura filo-

* Catedrático de Política Económica.

sófica y mental provocada por las clases de Manuel Sacristán. Todo ello bajo la batuta del gran decano que fue D. Antonio Polo.

Desde aquel primer momento, Marcelino y yo estuvimos siempre uno al lado del otro, trabando una desacostumbrada amistad que sólo su prematura desaparición truncó, sumiéndonos en la desesperante realidad de que habíamos perdido su compañía para siempre. Nos complementábamos de tal modo en todos los campos —académico, profesional y en el de escribir en los papeles públicos—, que los éxitos de uno de los dos se sentían y eran justa y discretamente participados por ambos. Sencillamente, estábamos orgullosos de nuestra indestructible amistad, a prueba y por encima de politiquerías y mezquindades, acabada de fraguar en el transcurso del tiempo por lazos familiares y de profundo afecto mutuo entre nuestros hijos. Y hago memoria de esos orígenes no sólo porque con el paso del tiempo me enorgullezco más que nunca de haber sido un buen amigo suyo sino porque quiero dejar constancia de la excepcional atalaya de que disfruté durante veinte años para dejar testimonio de su valía y caballerosidad. A raíz de su muerte dejé escrito mi pensamiento sobre el malogrado amigo; ahora, al rememorarla cinco años más tarde, no ha variado un ápice.

Con la muerte del profesor Costafreda desapareció un auténtico valor potencial de entre los economistas españoles. Era persona a la que no le gustaba jugar frívolamente a la ruleta de la vida. Todo su trabajo se distinguía por el rigor, la seriedad y el bien hacer. Súmese a ello una cabeza muy bien dotada, un profundo espíritu crítico y una voluntad de trabajador infatigable y se comprenderá que hiciese las cosas sin prisa y sin alharacas, pero con una seguridad y solidez asimismo sin límites. Cada clase, cada conferencia, cada informe profesional, cada artículo, cada editorial, cada comentario, en suma, era para él todo un trabajo de artesanía en el que ponía mucho cuidado y no menos cariño. Marcelino Costafreda pensaba que en el mundo de nuestros días se habla y se escribe demasiado; y lo que es peor, alegre y a veces irresponsablemente, con consecuencias nefastas. Libros, revistas y demás papeles nos inundan; convocatorias, reuniones y actos públicos nos abruman; dogmatismos e ignorancias nos acechan continuamente. Todo ello nos obliga a un tremendo esfuerzo por no caer en la vorágine de la mediocridad, la falta de criterio y la desorientación en la que está sumido el mundo económico de nuestros días, tanto a nivel científico como a escala real. Por ello, Marcelino se afanaba día día para no caer en los mismos errores; y mutuamente nos ayudábamos a mantenernos a flote. Con un sentido de la responsabilidad absolutamente excepcional, no conocía de inconsistencias y sus trabajos reflejaban, naturalmente, tan extraordinario esquema de valores.

Por su propia forma de ser, se mantenía siempre en una posición

discreta. Pero, desde este voluntario supuesto lugar, observaba el mundo con una agudeza que muchos de los destacados desearían para ellos. Ya en 1961 me escribía señalándome, con una claridad meridiana, los problemas de la Facultad que, veinte años más tarde, siguen irresueltos; y en el aspecto particular, me comentaba lo poco que le seducía el abandonar tantas horas de estudio, discusión y preparación, como las que llevábamos a nuestras espaldas al término de nuestra "carrera", para enrolarse en el ejército de los que pasan por la vida sin afanes, con pocas inquietudes y faltos de deseos de ver lo más posible; en definitiva, sin vivir.

Como anécdota de su primer contacto con la materia que tanto amaba, acostumbraba a comentar que en sus iniciales escarceos con la Economía —en plena adolescencia— observó cómo le escatimaban todo contrato con Joseph A. Schumpeter y con John M. Keynes. "Era una bula especial —decía— que por lo visto afectaba de lleno al año 1883, porque también se omitía, por razones igualmente obvias, al pensador de Treveris muerto en dicho año". Precisamente por ello, concluía, "algunas veces he pensado que no debe ser ajena a dicho episodio mi especial curiosidad e interés por la vida y obra de quienes no tardaría en comprender que habían marcado de forma indeleble la historia de la Ciencia Económica". No es que pretendiera alardear de tempranismos vocacionales. Nunca estuvo en su ánimo hacerlo. Pero un somero repaso a los casi tres lustros de historial docente del profesor Costafreda demuestra una vocación firme y clara hacia la enseñanza y la investigación, con respeto absoluto y total hacia el alumno y el colaborador.

Lector infatigable, la inquietud intelectual de Marcelino Costafreda le llevó a interesarse por todas las ramas del complejo mundo de las Ciencias Sociales y del Humanismo, en general. De esta manera, aprendió que la Economía es algo más que unas fórmulas en el encerado; que, sin embargo, toda formalización adquiere su significado al enmarcarse en el contexto debido; que la primera obligación de un profesor verdadero es la ingrata tarea de explicar TODOS los hechos, aun, los más incómodos, es decir, aquéllos que "no son populares"; y que la única actitud honesta es la contraria a todo dogmatismo, la que forma a los alumnos a ser, básicamente, críticos, sensatos y competentes.

Por encima de todo, el profesor Costafreda era un universitario. Un intelectual humano y cordial. Profesor de pies a cabeza, su preocupación por enseñar con amplitud de miras, profundidad de pensamiento y rigor total le llevaban a sufrir enormemente — ¡él, que era de los pocos que conseguía superar el obstáculo! — por si desviaba a los alumnos de los difíciles caminos de la razón auténtica. Dentro de estas coordenadas y acorde con su modo de ser y de pensar, procuró ser fiel a sí mismo hasta el último minuto. La solidez de sus conocimientos, amplios y

profundos, se fue sumando así a la capacidad de revisión necesaria para buscar flexiblemente las sendas de la verdad, hasta formar un compacto bloque de competencia y responsabilidad. El mismo ha dejado escrito que “es a este doble título, que debe revalidarse día a día, al que modestamente procuro hacerme acreedor”, aunque “no constituya ningún pasaporte para la popularidad”.

Cuando la muerte le sorprendió, el 8 de agosto de 1975, Marcelino Costafreda estaba preparando concienzudamente, tal como él sólo sabía hacerlo, las oposiciones para obtener en propiedad la plaza de Profesor Agregado de Política Económica de la Universidad de Barcelona, que había desempeñado interinamente durante cinco largos años, después de nueve de Profesor Ayudante, primero, y Adjunto, luego, enseñando siempre la misma disciplina. ¡Catorce años de intensa dedicación a la docencia fueron escalofriantemente borrados a poco más de un mes vista del reconocimiento “oficial” con tantas incertidumbres y angustias esperado!

La Tesis Doctoral del profesor Costafreda, leída el 6 de noviembre de 1970, por supuesto con la máxima calificación posible, constituyó una notable y original aportación al análisis del equilibrio externo bajo el prisma de la Política Económica. Todavía hoy constituye una obra de obligada lectura para todos aquellos que desean adentrarse en el cada vez más importante tema de la Política Económica Exterior o, simplemente, de la Economía Internacional. Amén de investigador, Marcelino Costafreda era un excelente publicista. Más de sesenta artículos y un centenar largo de editoriales así lo atestiguan. Un clarificador libro sobre la inflación sigue siendo cita de obligada consulta si se desea comprender fácilmente tan compleja cuestión. Los escritos del Dr. Costafreda fueron auténticamente modélicos. Es un legado que nos dejó de cómo se puede aunar el rigor en el tratamiento con la claridad expositiva mediante el dominio de una rica prosa, no siempre fácil para el escritor no profesional. Puedo afirmar con pleno conocimiento de causa el respeto que sentía hacia el lector. En todo momento trató de armonizar las exigencias científicas del tema tratado con las del trabajo de divulgación. Trabajo que, como todos en los que intervenía, se tomaba con la máxima seriedad. “Sobre todo, porque pienso —sostenía— que al cultivador de la Política Económica, de modo especial entre los economistas, le incumbe una responsabilidad importante, y, que no debe eludir, en el terreno de la formación de la opinión pública acerca de temas que afectan tan de lleno a la vida social del país”.

Como traductor, opinaba que para él era notorio que “la inversión del trabajo y las exigencias de dominio de la Economía, del idioma original y, lo subrayo —decía— del castellano, hacen de la traducción correcta una empresa nada fácil, contrariamente a la opinión corriente y,

por desgracia, generalizada". De todos modos, los escritos de divulgación, los artículos científicos (entre los que hay que destacar el aparecido en la Revista Española de Economía sobre "El profesor Dobb y la Economía del Bienestar", en 1972), las traducciones y los "surveys" que iba publicando no eran, para él, nada más que simple preparación para su futuro.

La preocupación por la comprensión de la realidad inclinó a Marcelino Costafreda a interesarse por una amplísima gama de materias de economía práctica, que van desde el comercio exterior hasta el cooperativismo pasando por la ordenación del territorio, la planificación contable, el análisis de proyectos, la programación financiera o el marketing, por señalar sólo unas cuantas. En todas ellas destacó con singular relieve. Como economista profesional dejó pruebas de su valía en multitud de empresas barcelonesas y no pocas del resto del país. Desde que inició sus estudios fue ganando en él la convicción de que la economía teórica y la economía aplicada, así como la macro y la microeconomía en lugar de ser campos excluyentes, se complementan mutuamente. "Pienso, en efecto —ha dejado escrito— que la lógica aspiración de hacer más eficaz la Política Económica exige tener presente que ésta no opera en el vacío y que los conocimientos sobre la realidad de la empresa supone uno de los requisitos de aquella eficacia". Y, efectivamente, consiguió superar la estéril y antigua separación entre teoría y praxis, logrando la rara simbiosis entre ambas; todo un ejemplo, sencillamente, de buen economista, de profesional total.

Hacer memoria de cómo ese futuro fue tan brucamente truncado y recordar la frecuente discusión de todos estos temas con Marcelino a lo largo de dos décadas, a raíz del presente número dedicado al primer cuarto de siglo de la Facultad, me hace de nuevo patente de forma incontenible lo mucho que uno debe a los demás y que, como él diría, felizmente la condición de "self-made-men" que, como necesidad, nos caracterizó a ambos al principio de nuestras mutuas trayectorias, pudo encontrar un alivio creciente desde que nos conocimos. Nacido en 21 de agosto de 1937, la falta de recursos suficientes y la postguerra le obligaron, como a tantos otros, a simultanear permanentemente estudios y trabajo. Puedo atestiguar excepcionalmente que todo lo que Marcelino Costafreda había hecho, lo había conseguido con muchos esfuerzo. Con dedicación absoluta y sin atropellar a nadie; con un extraordinario don de gentes y derrochando generosidad por doquier. Era un luchador nato, dotado de una gran sensibilidad, que iba por la vida con un profundo respeto por los demás y por esa planta pequeña y delicada, la curiosidad, que aparte de estímulo necesita sobre todo libertad, como manifestaría Einstein.

Aquí, donde todas las condiciones son diametralmente opuestas

a las de su Universidad de Cambridge, en la que tan a gusto se hubiera sentido Costafreda, resulta difícil encontrar el hombre de mérito y valía verdaderos definido por el profesor Foxwell: "Exacto y con la cabeza clara, que dedica su vida al valioso y modesto servicio de los suyos y muere amado de sus amigos, venerado por los discretos y desconocido para las masas". Ese era Marcelino. Su enorme bagaje de ilusiones, afanes y esfuerzos y las incertidumbres, disgustos y decaimientos del mundo pudieron con él. Porque conseguir un aceptable grado de competencia profesional y de honradez intelectual, con total respeto hacia los demás, eran norte y guía de su quehacer. Y ya se sabe que los criterios sobre la cuantía de dicho grado varían según las personas; para Marcelino Costafreda, su enorme sentido de la responsabilidad se lo hacían situar a niveles altísimos. En aras de alcanzarlos pienso que inmoló su vida, dejando a la profesión huérfana de los frutos de una cosecha con tanto cuidado sembrada y tan largamente atendida.

Con la desaparición del profesor Costafreda, nuestra Facultad perdió un valor inestimable. El amaba intensamente este país y pensaba —creo, por mi parte, que con absoluta razón— que su estilo y su modo de hacer eran los precisos para ser mejorado. Por ello, y aunque sabemos que "no es hacia abajo ni hacia atrás la vida", como afirmaba Pablo Neruda, cinco años más tarde sigue resultándonos dolorosamente incomprensible hacernos a la realidad de su ausencia.

Marcelino Costafreda dejó varios estudios inéditos en los que venía trabajando desde hacía años. La propia revisión y puesta a punto de su Tesis Doctoral, afanándose en ponerla en condiciones inteligibles para el no especialista, una profunda investigación sobre la Política Económica Exterior española de los años sesenta y una original investigación de tema tan vital como es el de la Economía y el Medio Ambiente, hubieran sido aportaciones definitivas par reafirmarlo como un economista completo y un escritor de calidad. El trabajo sobre la Economía y el Medio Ambiente, que iba a constituir la entonces llamada, según el programa oficial, "lección magistral", en el ejercicio correspondiente de la oposición que no llegó a realizar por escasas semanas, ve la luz en este mismo número como postrer homenaje a su memoria; no estaba definitivamente terminado, pero, por supuesto, se publica tal como él lo dejó. Piénsese que hoy es moneda común el interés por las cuestiones ecológicas y el entronque entre la Política Económica y el tema del Medio Ambiente; pero ocho años atrás, cuando él empezó a trabajar en este tema, constituía una trabajo pionero absolutamente notable.